

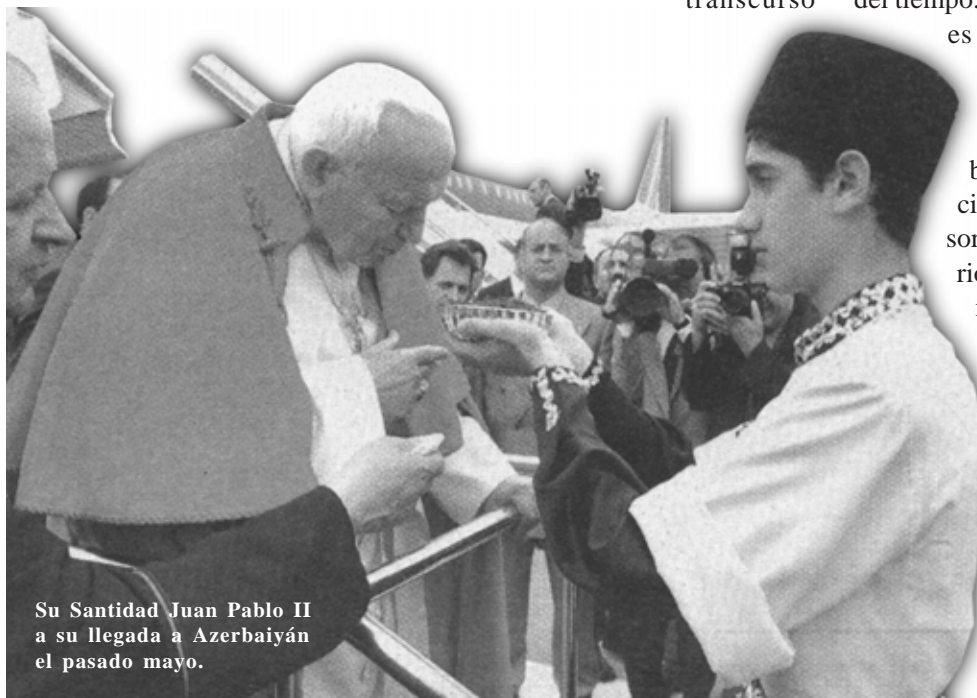
El tesoro del anciano sabio

y la prueba de la fragilidad

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS ME CUESTA escribir acerca de la ancianidad, porque me parece que, por algún ángulo, equivale a escribir acerca de mí mismo, anciano ya, si como tal se entiende al que rebasa la curva de la “tercera edad”, por la que ya pasé hace seis años. Cuando era joven escribía y hablaba con frecuencia sobre el tema, que no me concernía personalmente sino en la medida en que apreciaba sobremedida a los ancianos que me rodeaban y de cuya savia me enriquecía cotidianamente. Desde niño viví convencido de que no llegaría a una edad avanzada. Casi todos los hombres de mi familia inmediata, de la generación anterior a la mía, murieron muy jóvenes, a empezar por mi padre, que murió a los treinta y siete años. Yo pensaba que seguiría su ejemplo. Amén de que, durante los años de la enseñanza primaria, en el Colegio de los Hermanos Maristas, tuve un profesor muy cercano, el Hermano Nazario, que me dijo en muchas ocasiones que yo debía ser “bueno” y vivir siempre en la presencia de Dios, pues moriría muy joven; que ésa era su premonición.

Se equivocó el buen Hermano Nazario y no seguí el ejemplo de mi padre y de mis tíos, pero de hecho la convicción de la muerte en juventud me acompañó siempre, la interioricé desde muy niño y la contemplaba con suma tranquilidad. Quizás de esa convicción, de que yo no alcanzaría la ancianidad física, nacieron dos actitudes que también me acompañaron siempre: -1) el aprecio por los “viejos” y la apetencia golosa por escucharlos, por conocer lo que sabían, por informarme acerca de sus experiencias y criterios; -2) el impulso interior, casi siempre inconsciente, por vivir mis años – esos pocos años que viviría según creía -, con la mayor intensidad posible y así compensar con la intensidad lo que no alcanzaría por el transcurso del tiempo. Y he vivido muy intensamente,

es verdad; reconozco que hasta con una cierta prisa, para bien y para mal, que no siempre dependió de mí voluntad; pero sobre todo ratifico hoy que he apreciado y continúo apreciando el tesoro que es un anciano sabio. Curiosamente, hoy, asimismo, anciano ya, desde el belvedere de mis años, valoro con mayor comprensión a los jóvenes y me siento más disponible y paciente para con ellos, para con sus “impertinencias” y su “falta de experiencia”, de las que casi nunca son responsables directos y cuya superación dependerá en gran medida de la actitud de nosotros,



Su Santidad Juan Pablo II a su llegada a Azerbaiyán el pasado mayo.

los “viejos”, sabios o no tan sabios, frágiles o todavía más fuertes que un trinquete.

Sin embargo, me parece indiscutible que los viejos no estamos de moda; que la mentalidad *new age* y la actitud *light*, promueven lo que tiene que ver con la clase de energía que depende de la juventud y con el tipo de belleza física que depende de la juventud y hasta de la niñez. Y por ese camino, cuando se interiorizan y racionalizan aberraciones, llegamos a la pornografía infantil y a la pedofilia. Sí están de moda las cosas viejas, las antigüedades. A veces por orientación estética muy válida, pero para algunos adscritos a la irracionalidad involutiva de la *new age*, su búsqueda y su posesión están relacionadas con la supuesta “energización” que proviene de esos objetos o hasta de construcciones, como las pirámides de Egipto o las de las culturas mexicanas y mesoamericanas. Sería simplemente ridículo y risible, propio de una buena comedia de Moliere, si no hiciera daño en orden a la evolución positiva

de la humanidad hacia su Ome-ga real. ¡Cómo si la persona tuviera que buscar energías humanas fuera de sí misma, de su dinamismo físico, psíquico e intelectual bien orientado, y energías genuinamente espirituales fuera de la órbita del Dios Trino y Uno!

Si hoy me decido a pergeñar estas líneas sobre los ancianos cotidianos, sobre los ancianos comunes que encontramos en todas las familias, barrios y comunidades cristianas -no sobre las cosas viejas pseudo-energizantes-, esto se debe precisamente a que no están de

moda, a no ser que, en su ámbito, sean personas verdaderamente excepcionales. Dejo para el final la referencia a un anciano excepcional que, a pesar de su excepcionalidad, podría estar pasando de moda a los ojos de algunos, pero que a los mños se crece cotidianamente...

Tengo la impresión, voraz devorador de la historia como soy, de que en la cultura occidental siempre se han tenido en cuenta los valores de la juventud, desde los que pertenecen al hondón del ser, como una cierta audacia en la toma de decisiones y la energía para asimilar las realidades nuevas, hasta los más exteriores, como la belleza corporal. Basten para sustentar mi afirmación los testimonios que nos han dejado Egipto, Grecia y Roma. Pero en la antigüedad y hasta no hace demasiado tiempo, este aprecio aparece siempre balanceado por el no menor sino mayor aprecio por la belleza interior que los años pueden atesorar: la sabiduría de los ancianos que han sabido recorrer bien sus prolongados años de existencia y que, de manera

muy suya, han interiorizado bien la prueba de la fragilidad. Aprecio naturalmente acompañado por la convicción de que esa sabiduría resulta inalcanzable por otros medios que no sean los que dependen de una larga vida y de las limitaciones que ésta impone. De esta valoración positiva de lo que su sabiduría existencial o experiencial aporta a la vida de todos, a la vida en todas sus dimensiones, también tenemos suficientes testimonios, que atraviesan toda la historia de occidente hasta, por lo menos, el siglo XIX. Yendo hacia atrás en el tiempo, tocando a la Roma clásica con los dedos de la memoria cordial, recapitulemos el precioso tratadito *De Senectute* (Acerca de la Ancianidad), de Cicerón. Por otra parte, me parece que en las diversas culturas orientales, más autónomas entre ellas mismas y con relación a las culturas occidentales, la balanza del aprecio se ha inclinado siempre y, creo, continúa inclinándose en el sentido de los valores propios de la sabiduría de los ancianos. En uno y otro horizonte, cuando de ancianidad

se trata, no se disimulan los inconvenientes de la misma, abrumadores en el orden de las limitaciones físicas y, frecuentemente, también en el orden de las capacidades intelectuales para la aprehensión de “lo nuevo”, de lo hasta entonces desconocido por la persona anciana en cuestión.

La vida hoy, en occidente, mayoritariamente, se organiza sin contar con las riquezas de la ancianidad. De

**¿QUIÉN COMO JUAN PABLO II
EN LOS ÚLTIMOS DECENIOS
HA SOSTENIDO
EN TODAS LAS TRIBUNAS UNIVERSALES
LA VERDAD ACERCA DE DIOS,
DE LA PERSONA Y DEL MUNDO,
CONTRA VIENTOS Y MAREAS?
Y HEMOS TENIDO LA FORTUNA
DE VERLO ENVEJECER
Y DETERIORARSE FÍSICAMENTE,
SIN QUE EL VIGOR AUDAZ
DE LA DEFENSA DECAIGA.**

manera tal que, en ocasiones, aún quienes apreciarían la cercanía de un anciano sabio en el seno de la familia, a quien prestarían atención con cariño sumo, no pueden hacerlo porque las condiciones de la vida casi lo imposibilitan. Llevando las cosas a un extremo sumamente paradójico, nuestro mundo occidental invierte grandes esfuerzos y recursos para prolongar la vida física de las personas – hoy solemos vivir mucho más tiempo que hace un siglo – y, simultáneamente, condena a la mayor parte de las personas de vida muy prolongada a una dosis insoponible de desamparo afectivo y a una inevitable convicción de inutilidad, cuando no de estorbo. Y mientras mayor sea el grado de desarrollo económico, científico y técnico del país o región, más deteriorado está el valor del anciano. Las condiciones de vida, “el sistema” de vida de la sociedad desarrollada, tal cual se considera hoy en la mayoría de los países que alcanzan sus niveles más altos, deja a la mayoría de los ancianos -y a todos los “frágiles”- al borde

del camino, sometidos a una especie de oquedad existencial, sin sentido, a pesar de que sus condiciones materiales sean excelentes. Pues cierto es, y esto constituye la otra cara de la medalla, nuestro mundo se siente muy satisfecho cuando en ese mismo sistema socio-económico y jurídico, en lo que corresponde a la atención a los ancianos -y a los otros seres “frágiles”- funciona bien. O sea, cuando las personas limitadas por la enfermedad o de una cierta edad todavía no muy avanzada pueden retirarse con una buena pensión; cuando los “hogares de ancianos” o impedidos (eufemismo para disimular la condición de asilo para “desamparados”, que no equivale necesariamente a “personas sin recursos económicos”) son suficientes para que los sanos y los más jóvenes que todavía pueden trabajar se sientan liberados del peso de los enfermos y de los ancianos de la familia, etc.

Es decir, que la mayoría de las personas viven hoy más tiempo en condiciones físicas aceptables, pero se les aparta de los espacios en los que se juega la suerte de los hombres; se prescinde de ellos para todo lo que realmente cuenta en la vida, a no ser que se trate de personas realmente excepcionales, de los que prescindir sería una insensatez suma. Ahora bien, sabemos que los seres excepcionales son eso, excepciones, no constituyen la media humana. No todos los compositores son Verdi, ni los instrumentistas son Rubinstein, ni los directores de orquesta son Toscanini, ni los científicos son Einstein, ni los políticos son Winston Churchill o Adenauer, etc. Pero, ¡cuánta riqueza en esa mayoría media, no excepcional, que fue relegada a la marginalidad social y familiar, y que pudo haber hecho presentes los valores reales de la tradición, la cultura y la religiosidad – no el folklore mágico para uso de turistas - y la ética genuina; valores que no pueden llegar sino por ellos, pues el libro, el cine, internet o la TV no bastan. Amén de que el papel y la pantalla de la computadora lo aguantan todo y confunden a los inexpertos o a los menos informados.

Ya es gran cosa que todavía se atienda físicamente bien a las personas hasta el final natural de su existencia, aunque sea en un hogar-asilo, y que en algunos casos los familiares y amigos se ocupen realmente de ellos y les hagan sentir un afecto real y los escuchen y aprendan de ellos. Porque no podemos alejar de nuestro entendimiento y de nuestro corazón la visión de los demonios que todavía se esconden, pero que ya asoman sus feos narices y podrían hacer tienda en nuestro mundo, ingresando por las puertas abiertas del sutil y, simultáneamente, más radical medio de marginalización –en este caso, eliminación- de toda forma de enfermedad, limitación física, fragilidad corporal y dolor; pienso, por supuesto en la “racionalización” actual de la eutanasia, o sea, de la muerte supuestamente voluntaria y provocada de quien padece esas situaciones. Nuestro siglo xx, recién terminado, tendrá que dar cuenta de los regímenes ideológicos y políticos que en

él se desarrollaron y menospreciaron a la persona humana como nunca antes en la Historia, así como de las más espantosas guerras conocidas por el ser humano, provocadas casi siempre por la naturaleza deshumanizante de esos regímenes, pero también deberá dar cuenta de la proliferación racionalizada del aborto, de la eutanasia, del terrorismo y de tantas otras formas de violencia contemporánea que atentan contra la vida humana, de manera más o menos abierta y confesa.

Afortunadamente quedan hombres de luz que viven para la Verdad y mantienen alerta la esperanza. Pienso ahora en el anciano excepcional que mencioné anteriormente: Su Santidad Juan Pablo II. Proclamo mi admiración y mi gratitud, sin el “complejo católico”, engendrado por falsos pudores o humildades, que a veces conduce a disimular las cualidades de hombres de su estatura religiosa, ética e intelectual. ¿Quién como él en los últimos decenios ha sostenido en todas las tribunas universales la Verdad acerca de Dios, de la persona y del mundo, contra vientos y mareas? Y hemos tenido la fortuna de verlo envejecer y deteriorarse físicamente, sin que el vigor audaz de la defensa decaiga. Porque fortuna y tesoro es para nosotros, aunque sea Calvario y Cruz para él. Hoy el cuerpo del Papa Wojtyla ya no es el que vimos en 1978, cuando al contemplar su talante físico, algunos se permitían pensar y expresar que al nuevo Pontífice le resultaba placentero el protagonismo itinerante. Hoy viéndole el dolor en el rostro, el pañuelo en mano para secarse la saliva furtiva que constantemente asoma en sus labios, el cuerpo encorvado, el temblor en las manos, el andar dificultoso y a veces hasta imposible y hasta la difícil expresión oral, sabemos que la energía viene de otra parte, no de un frívolo placer protagónico. Viene de más allá de él mismo y de nosotros; viene de Quien lo eligió para tal servicio o ministerio a la Iglesia y al mundo: el Dios Trino y Uno, Unidad y Comunión de la plenitud del Ser, Padre, Hijo y Espíritu Santo, la fuente raigal de la vida verdadera y la meta de la misma, realidad que fundamenta toda realidad buena aunque nos resulte inexpresable. Misterio, pero no de noche, sino de luz excesiva para la mirada de nuestro pobre entendimiento indigente y para nuestra lengua incapaz de expresarlo. La existencia actual de Juan Pablo II y el estilo de su ministerio, sostenido a pesar del deterioro del cuerpo, constituyen una especie de *apokálypsis* (revelación, develación de algo que un velo mantenía oculto) para la Iglesia y para el mundo contemporáneos.

Hace muy poco más de dos meses participé en una reunión de pequeño grupo en Roma que incluyó un encuentro con Su Santidad Juan Pablo II, a quien saludé y con el que pude intercambiar breves palabras que incluyeron su recuerdo de su visita a Cuba hace ya más de cuatro años. Me inspiró admiración y compasión sumas. ¿Cómo es posible –me decía después– que, estando como está, piense en las celebraciones de Semana Santa, que ya se le